

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

*Tip. de Dublán.*



SANTA BÁRBARA.—PALMA EL VIEJO.—VENEZIA,



## CUENTO DE ABRIL.

A Don Jesús E. Luján.



IGNON, escucha:

Una vez la reina Mab convocó á los genios de los prados —era en el buen tiempo en que los pájaros se aparean, macho y hembra, para gozar sus nupcias de primavera: era el buen tiempo en que voz de tórtola se ha oído en nuestra región, como en el Cántico de los Cánticos;—el tiempo de la canción era venido y la reina Mab envió sus heraldos flordelisados á ordenar á los silfos y á los gnomos que llevaran á su palacio encantado las flores más preciosas, las gemas de cuna más ilustre y más joyantes para aderezar su tocado, pues que la reina Mab languidecía de amor.

Los gnomos pequeñuelos, enanos, semejantes á nibelungos, con caperuza encarnada, ojos malignos, barba luenga y nariz de ave raptadora, con su jubón gris y su calzón corto, con sus calzas de Mephisto y su pipa bohemia, trajeron divinas flores de piedras preciosas trabajadas por lapidarios invisibles: rosas simbólicas de una flora extraña, cuyos pétalos eran jacintos y zafiros, cuyos pistilos eran sardónicas y berilos, cuyos cálices eran ágatas y calcedonias, cuyos estambres eran crisoprasos y sardios, cuyos sépalos eran crisólitos y esmeraldas.

Los gnomos, atropellándose por alhajar á la reina Mab, caían de vientre y se levantaban derrengados, ó saltaban en un pie como las zancudas, ó tejían rondas en torno de ella, mientras ella ponía las rosas de gemas purísimas y aguas semivivas sobre sus cabellos de Berenice, sobre sus orejas pequeñas de lóbulos encendidos, sobre su cuello desmayado de hebrea Noemí, sobre sus hombros marmóreos y nutridos de Cleopatra, cual broches siderales de su real clámide impalpable, sobre la conjunción y arranque de sus dos pechos culminantes y cupulados, sobre sus dedos gráciles y blanquísimos, sobre su cintura que podría caber en una jarretiera de Venus. . . . Pero los gnomos huyeron cabizbajos, porque la reina Mab desprendió las rosas maravillosas de su cuerpo lumínico y las esparció como lluvia iridiscente sobre el tapiz pérsico de los musgos grumados de rocío.

Vinieron entonces los silfos semejantes á risueños amorcillos desnudos, de ebúrneos carrillos redondos como los de los Céfiros que mecen á las flores y á las nubes, de manos hoyueladas, de morbideces que harían el deleite de un sádico; vinieron los silfos de alas lepidópteras y trajeron abrazadas, entre sus pequeños brazos, peonías y stellarias, convólvulus y gloxinias, hyacinthus y caladios, orquídeas y clemátides, las flores más raras y más preciosas robadas al alba en los jardines y verandahs, nympeas y hellianthus tronchados á flor de agua en los lagos, beleños y cactus arrancados á las grietas de los peñascales, y cubrieron con ellas los pequeños pies de la diosa que parecía Flora emergiendo de un búcaro de rosas; pero la reina, que había sonreído al mirarse ceñida de flores, empenachada de flores, suspiró y las deshojó pensativa, y los pétalos cayeron en lluvia de alas de libélula y constelaron su clámide transparente enhebrada de haces de sol.

Entonces oyóse una música melodiosa de gorjear de pájaros, una música deleitosa que hubiera arrobado á Stephen Heller, que parecía escapada del clavicordio de Boccherini y se esparcía por los huequillos de los ribazos, por los resonantes alcóres en busca de la ninfa Eco: era una parvada de syringas y plagiaulos asidos á los labios de pequeños faunos salvajes, que semiocultos en una nube de polvo dorado al sol, fingían la irrupción de un ható caprino, pero que al despejar á plena luz mostraron sus rostros aún imberbes, sonrosados y picarescos y sus pitones tiernos de corzo joven. La polifonía de su música áulica no era ritmada, pero como la música de las aves, era de una vaguedad embelesadora y hacía soñar á la reina Mab en delirios de amor. . . .

«¡Oh reina de los sueños!—meciala el canto—soy el alma silvana de Héllade pastoral, soy el idilio biónico, el que tus poetas brumosos, desde Ossian á Shelley, no sintieron, sino soñaron! . . . Soy el aroma panida que el Nasson aspiró con su intensa avidez de placeres, y que el moribundo Byron solamente bebió en un efímero hálito desde la prora de su nave! . . . Soy la alegría, la siempre niña alegría, la locuela danzarina de cosquilleante boca ávida de besar, que enjoya los deditos nacarados de sus pies desnu-

dos en el arroyuelo borbollante mientras pesca conchuelas menos encendidas que sus mejillas de durazno!... Si quieres amar, vé á los cármes dichosos en que el verso es flor, en que la cigarra vive de rocío y de luz de sol, y es vibrante élitro siempre sonoro de la eterna poesía bucólica!...

Y el ensueño de la música purísima de los caramillos se mecía en el viento, encarnando la poesía de las cosas vivientes en el alma de las flautas, y la reina de los sueños languidecía de amor porque la primavera iba á su soledad y la primavera era su hermana, su sorellina innamorata, pasionante como ella de algo más alto que llenara el vacío de su corazón!... La música de las syringas también pasó en un vuelo; también los pequeños faunos capricornios se dispersaron dando cabriolas, porque la reina Mab oía sin oír la canción alada, oía sin oír el murmurio de agua corriente de las notas y escuchaba otra música sin nombre, la música de los sueños sumisos á su imperio, que la arrullaba en un vaivén de hamaca celeste prendida á un cuernecillo de Hebe y á una estrella de la Lyra... Y aquella música sin nombre musitaba en su alma una balada plañidera, mesta, como el surear de las palomas torcaces, y la canción era de amor... y la flébil canción era de amor...

Y oye, bella Mignon, lo que pasó. Un paje rubio y liudo — el paje Abril — pidió permiso para besar los pies de la hechicera Mab, y no bien ella sonriendo lo besaba en la boca — tan gracioso y gallardo era! con sus crenchas blondísimas y crespas, su traza y medias de seda lila, manos sensuales, ojos dormidos, boca pequeña como botón de flor! — el mozo, dechado de zalema y gracia, la dijo:

—Reina! mi señor el príncipe Mayo, que se halla á las puertas, te envía este joyel en prenda de amor, y desea, rendido de pasión, besar tu boca y dormir en tus brazos...

— Y acaso tu señor es más bello que tú?...

— Mi príncipe Mayo es hermoso como Lohengrín y Morsamor! Las dos sangres generosas de los héroes de ensueño parecen florecer en sus ojos azules y en sus cabellos brunos, en su perfil nazareno y en su altivez latina! Mi señor es el dios de amor, pues que cuando él llega sube la savia, bulle la sangre embravecida y riega los corazones en pasión y deleite!... El imperio de mi señor no tiene murallas ni fronteras!... Sus siervos son la vida, la juventud, la felicidad, el amor!... Todo lo que florece y espande, lo que vibra y se expande, lo que riega dones generoso y fuerte; la vida ebria de salud y poder; cuanto sueña, cuanto vuela, cuanto se encumbra y magnifica está presto al poderío de Mayo que despier-ta flores y enciende huracanes de pasión, que hace germinar los bienes fecundos de la esperanza y del amor!

— Bienvenido! Amor! Alma del cielo! — clamó la enamorada Mab cuya voz era más hechicera que las flautas, cuya tez era más suave que las rosas. — Vé, paje mío, puesto que eres su paje, vé y proclama que soy suya porque es mi rey y mi lios y mi amor!... Que los prados sean estrellados de flores y los cielos florecidos de estrellas!... que las nubes empavesadas boguen y traigan á las sílfides y las hadas á presenciarse mis reales bodas!... que las ondinas y las sirenas hiendan las espumas con sus aletas de pedrería y sus bifurcadas colas de delfín!... que las amadriadas de cabelleras verdes como crisólitos hechos guedejas, surjan de los bosques al conjuro de Pan!... que las ninfas broten como flores de carne de los alcores y los boscajes, y vengán danzando en ronda de amor á ceñir como diadema de rosas vivas el lecho en que yacerá en mis brazos mi bienamado!

Y cuentan que desde entonces, desde que el paje Abril corrió gozoso á llevar á su señor la buena nueva, á su paso brotaron las yemas de los ramajes, se constelaron los musgos de flores micropétalas, los céfiros mecieron blandamente á las nubes, la luz sonrió en el cielo brumoso que era imperio de Mab y la esperanza en los corazones apasionados de soñar... Y cuando Mayo imperator entró á banderas desplegadas por el arco de triunfo de Oriente...

Pero, aunque yo quisiera contar las bodas de Mayo y Mab, este es solamente, linda Mignon, el cuento de Abril...

1901.

RUBÉN M. CAMPOS.

## AL ESCLAVO ESCANCIADOR. CATULO.

ODA XXVII.

Esclavo, que Falerno añejo sirves,  
Ven y escancia en mi copa el más amargo,  
Cumpliendo de Postumia, que es más ébria  
Que el grano de las uvas, los mandatos.  
Linfas que sois la perdición del vino  
Id del austero á refrescar los vasos;  
Beber el vino puro  
Nos aconseja Baco.

JOAQUÍN D. CASASÚS,



LA REVISTA MODERNA INVITA Á UD. AL FESTIVAL ARTÍSTICO  
QUE HA ORGANIZADO EN HOMENAJE Á DON RAMÓN DE CAMPOAMOR.

MAYO 3 DE 1901

## PROGRAMA.

- |  |                            |
|--|----------------------------|
| I.—A. En Réve.....   | G. Campa.                  |
| B. Le Ciel sourit aux roses.....                             | Schumann.                  |
| Canto, Sr. Luis Godard.                                      |                            |
| II.—Impresión literaria.....                                 | Sr. Luis G Urbina.         |
| III.—Mefistofele.....  | Boïto.                     |
| Canto, Sr. Lic. José B. Nava.                                |                            |
| IV.—Campoamor íntimo.....                                    | Sr. Francisco A. de Icaza. |
| V.—A. Solitude de Sapho.....                                 | Massenet.                  |
| B Fleur d'Automme.....                                       | Popper.                    |
| C. Canzonetta.....   | Phaladhile.                |
| Violoncello, Sr. Arturo Espinosa.                            |                            |
| VI.—Recitación: «Los Amores de una Santa,» de Campoamor..... | Sr. Luis Quintanilla.      |
| VII.—Vision fugitive.....                                    | Massenet.                  |
| Canto, Sr. Gustavo Martínez.                                 |                            |
| VIII.—Poesía.....  | Sr. Balbino Dávalos.       |
| IX.—Guarany, balada.....                                     | Gómez.                     |
| Sra. Virginia Galván de Nava.                                |                            |
| X.—Discurso.....   | Sr. V. Salado Alvarez.     |
| XI.—Dúo de «La Bohemia».....                                 | Puccini.                   |
| Sra. Virginia Galván de Nava y Sr. Lic. José B. Nava.        |                            |
|  |                            |
| XII.—I. Andante.....   | Rubinstein.                |
| II. FINAL.   |                            |

TRIO Op. 15 N.º 1.

Sr. Julio Muiron, piano; Sr. Arturo Aguirre, violín; Sr. Arturo Espinosa, violoncello.



D. Ramón de Campoamor,

## A CAMPOAMOR.

---

Dolientes mis coplas lloren  
 La muerte del gran poeta  
     Campoamor,  
 Y al Arte consuelo imploren  
 Contra esta nueva saeta  
     Del dolor.

De las cuerdas enlutadas  
 Que gimen tristes y sordas  
     Al vibrar,  
 Broten las quejas ahogadas  
 Que tú, Juventud, desbordas  
     De pesar.

Tu poeta, el más humano  
 Cantor de las emociones  
     Que te agitan,  
 El que enhebró con su mano  
 Estrofas de corazones  
     Que palpitan;

El que dió forma á tus sueños,  
 Persiguiendo las más vagas  
     Fantasías,  
 Y descubrió los risueños  
 Ardides con que propagas  
     Tus falsías;

El que grabó en las brillantes  
 Facetas de un par de versos,  
     Con humor,  
 Las dichas agonizantes  
 Bajo los golpes adversos  
     Del amor;

El que riendo lloraba,  
 El que cantando gemía  
     Sin doblez,  
 Aunque la hiel que ocultaba  
 Furtivamente vertía  
     Cada vez;

Tu poeta, el más profundo  
 Cantor de tu grey dorada,  
     Juventud,  
 Abandonó ya este mundo,  
 Aun joven en su avanzada  
     Senectud.

¡Cuántas veces, en las horas  
 Que al vivir parece largo,  
     Campoamor,  
 Me quitaron tus doloras  
 Con su miel más de un amargo  
     Sinsabor!

¡Cuántas más, en los anhelos  
Del juvenil arrebató  
Comprendí  
Que dabas ardor y vuelos  
A más de un ensueño grato  
Para mí!

Y cuántas, alegre ó triste,  
Sin ilusión ó soñando  
Dulcemente,  
Acudir á tí me viste,  
Las claras aguas buscando  
De tu fuente.

Porque de tí, la poesía  
Brotó sin pompa ni aliño  
De ocasión,  
Lo mismo que brotaría  
Del alma blanca de un niño  
La oración.

Tus quejas, engalanadas  
Con dulces rimas por flecos,  
Repartían  
Ayes, risas y humoradas  
Que los más lejanos ecos  
Repetían.

A tu perspicacia aguda  
La vida fué un engañoso  
Carnaval,  
Donde el filósofo duda  
Si alguna vez es dichoso  
El mortal.

Las bandadas de tus versos,  
Con retóricas vulgares  
Siempre en guerra,  
Iban, pájaros dispersos,  
Hacia todos los lugares  
De la tierra.

Y halago para el oído,  
Y talismán para el alma  
Soñadora,  
En el corazón herido  
Diseminaban su calma  
Bienhechora.

¡Ah! la traición, la mentira,  
La envidia de gente necia  
Que te infama,  
Depongan presto su ira,  
Que el almo Dios de la Grecia  
Te reclama!

La admiración franca y viva  
Levante para tu gloria  
Pedestal  
Donde eternice la oliva  
Tu fresca inspiración doria,  
Ya inmortal!

Sigan doquiera sonando  
Tus cantos, tan parecidos  
Y diversos,  
Eternamente halagando  
Los juveniles oídos  
Con sus versos.

Sigue en las almas vertiendo  
Tu escepticismo inseguro  
De creyente,  
Que en el mundanal estruendo  
Te dió firmeza de duro  
Combatiente.

Y al diapasón de tu estro  
Que en la pena y la alegría  
Fue jovial,  
Hoy que te honramos, maestro,  
Extingase la elegía  
Y surja el himno triunfal!

BALBINO DÁVALOS.





## UNA OBSESION.

PARA JESÚS URUETA.



EN UN pequeño mueble Luis XV, comprado por mí últimamente, encontré, en el fondo de un cajón, la carta que aquí se lee:

«Querido amigo:

Lo que te escribo va á extrañarte profundamente; pero no tienes una idea del estado de excitación y de pesar en que me encuentro. Tú, el mejor compañero de otros días, el que conoció todas mis dichas y todas mis angustias, eres el único que puede oír y consolar mi desolación. Ven, ven á vivir al lado mío, á ser el compañero de otros tiempos; sólo que ahora ni reiré, ni seré el bullicioso endemoniado de entonces. . . . Ven, amigo mío, pues temo por mi pobre razón harto sacudida ya!

Debes recordar que poco tiempo después de haber tú dejado la vida de alboroto y desorden que juntos arrastráramos tanto tiempo, para, sabiamente, encerrarte en un retiro de paz y labor, te escribí diciéndote:

«Amigo, al fin encontré lo que necesitaba: la criatura sumisa y tranquila á cuyo lado refugiarme, el sér hecho para el amor, tolerante con mis caprichos, humilde á mis deseos, y que va, desde hoy, á ser mi compañera. Te hablaba de ella, de su rostro apacible, de su mirada serena y acogedora, de sus cabellos abriéndose en la mitad de la frente y descendiendo rectos sobre las sienes, como los de una virgen Pre-rafaelista. Te exponía el caso de conciencia en que me hallaba, pues siendo ella una criatura honesta, el deber me exigía darle mi nombre, cuando mis convicciones, ó por mejor decirlo, mis estúpidas preocupaciones se oponían á todo lazo oficial y definitivo. Sabía bien que ella no deseaba sino obedecerme; su madre, su casa, todo estaba pronto á sacrificar á mi menor deseo; con el mismo gusto, qué digo, con el mismo entusiasmo hubiera salido para la iglesia que para el peor de los lugares por mí designado. En su pobre vida de mujer yo era el esperado, el amo indiscutible, el Bienvenido que la mujer aguarda pronta á entregarse. Con mi habitual egoísmo y abandono, me dije: «ya habrá tiempo» y la hice mía.

Murió su madre y hube de traerla á vivir conmigo sin pensar en darle estado, preocupado solamente del encanto que de todo su pequeño sér emanaba.

Tú no puedes figurarte los dos años de entera, de completa felicidad que á su lado he pasado. Yo nunca creí en la felicidad, no creí que un hombre algo refinado pudiera sin gran esfuerzo soportar durante dos años las mismas caricias, las mismas facciones y las mismas cosas. Pues bien, yo, el mismo escéptico egoísta que tú conociste, he sido feliz al lado de esa mujer; feliz como sólo puede serlo un hombre destinado á pagarlo inmensamente caro, tal como ahora me pasa; cada día que se va, cada hora que vuela, lamento más esos dos años y los deseo con más intensidad; he quedado herido para siempre, he quedado tal como debe haber quedado Adán después de su expulsión del Paraíso.

Durante los dos años que de vida tuvo mi pasión, nunca pensé engañarla; no te asombres, pues no la conociste; jamás tuvo dos veces el mismo beso ni repitió la misma caricia; jamás de sus pequeños labios salieron frases vulgares; engendraba todas las seducciones y las bondades todas; era indulgente, y tú sabes que cuando más deseo se tiene de engañar, cuando *el demonio de la perversidad* se aguza más, es cuando se ven contrariedades é inoportunos celos. En ella, si bien á la hora dada brotaron terribles como los de la verdadera enamorada, mientras no supo, mientras no hubo quien viniera y destilara las dudas en su conciencia, jamás pasó por su mente la idea de que yo pudiera ser falso; yo era para ella todo lo grande y todo lo hermoso, como ella era para mí todo lo adorable.

Te acuerdas de Carlos X? A él, sólo á él debo mi desgracia; él, la mano negra que se oculta en las sombras y hiere para siempre; él, el falso amigo creado para picar como la víbora, mortal y traidoramente; él, el miserable Yago entrado en mi casa para atormentar, para emponzoñar y hacer la noche en nuestra felicidad. Tú sabes que lo busqué para provocarlo en un duelo, en el que todavía tuvo la suerte de herirme, él á quien debiera aniquilar tan sólo con la fuerza de mi odio!

Un día, al llegar, encontré á Julia toda en llanto; mi asombro, tú puedes imaginarte cuál fué cuando á mis caricias sólo contestó con reproches. Yo quise saber, lo exigí... y supe. El miserable!... el que diariamente se sentaba á mi mesa sonriendo, le había hablado de mí, de mi pasado, de las mujeres que yo había tenido y de todo cuanto yo había hecho; había citado fechas, dado pruebas; había añadido que mi intención era hacer lo mismo con ella; si no me había casado, si hasta entonces le había negado mi nombre, era para impunemente poder abandonarla una vez cansado de ella. La pobre criatura adorada, se sacudía de dolor cuando entre sollozo y sollozo murmuraba esta declaración.

En vano intenté consolarla. Después de las lágrimas vinieron los reproches coléricos; en ella se despertó la rabia de la mujer que confiada hasta entonces se ve engañada totalmente. Yo no era lo que ella creía ni lo que ella amaba; vino el despecho que quiere herir, vengarse, y un nuevo sér se reveló ante mí; el débil, el sumiso, el bondadoso, se tornaba en la leona iracunda que sólo quiere arañar y destruir. «Te casarás conmigo—decía—yo no seré como las otras, no, á mí no me engañarás, oh, no, á mí no! Te casarás! te casarás!» y este grito brotaba constantemente de su ira, como la espuma del agua que se agita.

En su mirada encendida había rencor, había desprecio, y mi orgullo, mi orgullo estúpido de hombre se levantó contra lo que más amaba, contra lo que sentía amar aún en ese momento en que la desconocía. «¿Casarme? y quién podrá obligarme? acaso tú, que has venido por tu gusto?»

A mis palabras siguió un rato de silencio; la ví asombrada á su vez de ver levantarse una cólera contra la suya, una fuerza contra la que ella creía tener en ese momento. Luego, después de breve pausa y de dar unos pasos sin dirección, fué á la mesa de noche que á su lado tenía, y empuñando el revólver contra mí, clamaba maquinalmente: Te casarás, te casarás, yo....

Me reí, hice un esfuerzo para arrojarle mi ironía, y pálida, sin decir una palabra, volvió el cañón contra su frente. Me miró un instante con una mirada que nunca más he podido olvidar, con una mirada indescriptible que me persigue en la sombra de las noches y me atormenta en los malos sueños. Había en la expresión de esa mirada decisión, reproches, pero reproches llenos todavía de amor.... Yo no dí un paso, no hice un gesto, no levanté el brazo para detenerla; al contrario, curioso, con curiosidad perversa, aguardaba, y aun parecía desafiarla con mi actitud.

Una detonación, y yo me precipité á tiempo aún para recibirla en mis brazos... una última convulsión, luego nada, un borbotón de sangre cubriendo su rostro, bañándola toda!

Quién podrá exactamente describir y analizar todo lo que yo sentí en esa noche al velar á la que tanto había amado, á la que claro sentía amar más y más ahora que no existía. Sólo tengo vagos recuerdos. Su cuerpo, las líneas de su perfecto cuerpo se destacaban sobre la negrura del tapiz fúnebre extendido sobre el lecho bajo de ella. La blancura de sus manos, la lividez cadavérica de su rostro, resaltaban vivamente sobre el negro como los marfiles de una laca. La herida de la frente había sido vendada y sólo un pequeño punto rojo manchaba la seda que la envolvía; sus cabellos sueltos le servían de almohada. En sus pequeños labios, antes tan risueños, nido de caricias y ahora fríos, insensibles como los de un mármol, había un ligero pliegue doloroso. Los párpados cerrados apartaban para siempre de mí su mirada. Luego, no recuerdo más.... Ráfagas de aire entrando para mecer la luz de los cirios, haciendo pasar resplandores amarillos por el rostro de la muerta. Notas quejumbrosas é irónicamente alegres de organillos, aletear de moscas y los toques de las horas sucediéndose, resonando bruscos, pesados, inexorables, en el silencio de la noche, y muchos pensamientos, mucho dar vuelta en mi cabeza á ideas y recuerdos.

Yo revivía las escenas y las caricias de esos dos años, y la veía, la veía invariable, impasible, hundida en las profundidades de su sueño de muerte; tomaba su mano fría, la llamaba, no pudiendo, no queriendo admitir que estuviera muerta. Muerta, y por qué? qué había hecho y qué habíamos hecho? Ella continuaba impasible y la seriedad de su rostro me decía todo lo que nos separaba: estaba muy lejos! yo no existía más para ella! Aquella desaparición, el pensar en la soledad del día siguiente y lo definitivo de su muerte me ponían rabioso, desesperado contra mi impotencia y la fuerza del que crea seres para aniquilarlos con tanta facilidad.

Pensaba en mi culpa, en mi criminal orgullo. Un movimiento, una palabra, una súplica, hubieran bastado para que ella estuviera viva, prodigándome sus caricias y murmurando á mi oído sus palabras amantes.... Volvía á verla.... el mismo pliegue en su rostro, los ojos siempre cerrados, los cirios prestándole luminosos resplandores y bronceando los largos hilos de su cabellera suelta.

Me arrepentía, me odiaba, y todo era en vano; ninguna, absolutamente ninguna fuerza daría dulzura á sus sonrisas ni brillo á sus ojos. Los días se sucederían á los días y era en vano esperarla. Los hombres continuarían los mismos hechos, los mismos gestos, las mismas palabras, nada ni nadie cambiaría, y ella, ella que debiera agitarse y moverse como los demás, quedaba sumergida para siempre bajo la tierra, y todo por no haberla hablado, por no haberla detenido. Para mí, la constante desolación. Para ella....?

La ví salir y no tuve fuerzas para acompañarla; manos extrañas cerraron para siempre su nueva morada; las últimas palabras que le fueron dirigidas, salieron de labios que jamás la habían besado; yo quedé aturdido, anonadado, como se queda después de las grandes catástrofes.

Cuando resignado ante lo irremediable de su muerte, comencé la larga peregrinación, la espantosa revista de los objetos y las menudencias que ella había escogido y en cuya familiaridad viviera, comenzó ese largo via-crucis de la reconstrucción, detalle por detalle, de mi anterior felicidad. Todo me la recordaba, en todo la encontraba, y todo estaba lleno todavía de su presencia. Los espejos no olvidaban



su imagen, los guantes no perdían aún el molde de sus manos, había almohadas que conservaban el hueco formado por su cabeza, y la mancha, la fatal mancha de un rojo negruzco, se me presentaba á cada momento resucitando la escena

No pudiendo resistir á todo esto, abandoné la casa donde juntos conociéramos tantas venturas y donde tan amargos ratos pasaba á solas. Comenzaron días largos, tediosos, de continuo errar y huir de su recuerdo como un ingrato; los días en que se lucha por no volver al relicario donde se esconde su memoria y donde su imagen flota. Llegaba hasta la casa, miraba las puertas cerradas, los balcones vacíos, todo diciendo el abandono y la muerte, y sintiéndome débil, iba y bebía hasta embotar mi dolor; pero entonces la visión de su cuerpo al caer en mis brazos, la expresión, oh! esa expresión de amoroso reproche salida de sus ojos al dejar la vida, la sangre cubriendo su cuerpo, me atormentaban, apareciéndome como la más espantosa de las pesadillas.

Después de algún tiempo, volví decidido á trabajar sin descanso. Pasé inclinado sobre la mesa muchos días y muchas noches, llenando nerviosamente hojas y hojas, queriendo con el cansancio y las ideas ficticias abstraerme á mi pensamiento. Con frecuencia las mismas palabras que yo escribía, tocaban, despertaban mi herida, y con frecuencia, olvidando por un momento, me volvía buscándola á mi lado como lo hacía cuando ella me acompañaba á trabajar; al no encontrarla, botaba la pluma, quedando más hundido todavía en mi dolor.

Pero es al llegar aquí cuando comienza lo más negro, lo que, siempre egoísta, me preocupa más de todo este drama. No te rías.

Una noche, después de varias horas de trabajo, sentí un ligero ruido tras de mí; como estaba bastante nervioso, me volví bruscamente; excuso decirte que nada encontré. Seguí trabajando algo preocupado ya y desconfiando de las sombras que abundaban fuera del radio luminoso de mi lámpara; poco rato después sentí ó creí sentir un ligero toque en el hombro; quedé frío, pensando en que ella me advertía así cuando quería interrumpir mi trabajo, y sentí una ansiedad terrible; no me atreví á volver el rostro, no respiraba casi, temeroso de encontrar algo tras de mí. Después de un rato de lucha volví al fin la cara con lentitud, haciendo ruido y esfuerzos. . . . nada! sólo las medias sombras y el brillo dorado de las encuadernaciones. Respiré largamente, sintiendo consuelo; pero temiendo aún, dejé la pluma y sin verme más, sintiendo frío en la frente, fui directamente á mi cama.

Inútil es decirte que no pude dormir un momento; el menor ruido, el toque de las horas, el crujir de un mueble, el paso de un ratón, todo me producía sudores fríos y sobresaltos á pesar de cuanto razonamiento juicioso me hacía.

Pero desde entonces, amigo mío, siempre es lo mismo; todo me sobresalta, trabajo siempre con el oído alerta, queriendo sorprender cada ruido. En una palabra, tengo miedo, miedo de la pobre suicida á quien tanto amé. Tengo miedo de que vuelva, miedo, sobre todo, de la expresión de su última mirada, que nunca puedo ni podré olvidar. No estoy loco, no, pero la siento errando invisible á mi alrededor, y tengo miedo, miedo de ella; pero de tal manera, que nunca ni por nada me hubiera atrevido á escribir esto de noche, temeroso de sentir el golpe en el hombro ó sus pasos avanzando silenciosos con precaución: tengo miedo!

Tengo miedo, sí, y de ella; ven, ven y librame de este pavor, de esta constante insoportable angustia. Sintiendo alguien á mi lado, me sentiré fuerte. He pensado en casarme, en traer á mi lado algo que me escude de ella; pero no, sentiría celos, y nunca podría besar ni estrechar á mi mujer, sin sentirla invisible entre nosotros dos.

No es que haya dejado de quererla, no; la amo y la deseo como nunca, pues mis días no serían tan negros estando ella á mi lado. Pero tú lo ves; la amé mucho, me amó mucho, fui muy feliz y ahora es preciso que pague con el peor de los castigos: temiéndola, queriendo refugiarme contra ella.

Lo ves! ahora mismo al escribirte, el sonido quejumbroso de una puerta al ser empujada por el viento. . . . (es por el viento?) me ha hecho estremecer y enfriarse mi frente sin que pueda atreverme á volver el rostro.

Tengo miedo! Tengo miedo! ven, amigo mío, ven, ó no sé lo que será de mí.

BERNARDO COUTO CASTILLO.





## LA TRISTEZA DEL CONVERSO

### I

Nemesis, vieja loba, conozco tus desmanes,  
tus dientes han mordido mis carnes de granito,  
nací con la sonrisa del divo Aristofanes  
y Tú la hiciste mueca del pálido Heraclito.

Yo tuve un culto en Delphos; de luz eran mis manes  
hoy negros; era fácil el hoy tedioso rito;  
por tí me son hostiles mis padres los titanes  
y no hay un sitio para mi risa en lo infinito.

Ayer me tuteaban los Dioses soberanos  
y yo tiraba besos á Zeus á dos manos,  
bebiendo el vino dórico de mi lagar, mas luego  
surgió cual monje estéril el dogma que me aflige  
y el diáfano Pontífice Máximo que rige  
la Iglesia, uncióme al culto del místico borrego.

### II

Ayer apenas cuánto fulgor en el paisaje,  
qué suave desposorio de mitos y de vida!  
atado iba con cinta de lino el gran follaje  
de mis cabellos rubios, y mis áureas enemidas

Al sol ardían; era la túnica mi traje,  
la túnica que deja contemplar las mullidas  
pantorrillas cubiertas por un vello de encaje,  
seda y cosquilla al beso de todas las armidas.

## III

Yo unía en mis discursos con diamantina sarta  
al aticismo heleno, la sobriedad de Esparta  
y así recto era el juicio, sabroso era el conceto;  
Juntábanse en mis actos Platón y Alcibiades  
y siendo bello y grave tenían mis verdades  
con amargor de prédicas almíbar del Himeto.

## IV

¿Por qué siguió al Olimpo del Gólgota infecundo  
la soledad, y en raptó de amores imprevisto  
las razas empuñaron el lábaro de Cristo  
que trajo las tristezas al júbilo del mundo?

¡Qué mal le había hecho la vida á ese iracundo  
demoledor! Dionysos amable, hubieras visto  
la sangre de tus uvas en el brebaje misto  
del cáliz, y sus hojas servir de pudibundo

Fajero á las estatuas olímpicas! En vano  
radió en defensa tuya la espada de Juliano,  
la humanidad trocaba su primogenitura

Por las lentejas. . . . ó por la gloria que se abría  
y yo, ateniense, el sello mostraba en mi tonsura  
del Nazareno, ¡Padre de la melancolía!

En Roma, Enero de 1901.

AMADO NERVO.

---

## EL PENDULO.

---

Nadie notó de pronto la casa abandonada y algún tiempo siguieron viviendo como si nada hubiera sucedido. Primero que nadie, enmudeció el grillo invisible desde que la última brasa se extinguió en la chimenea.

Luego la única gallina que vagaba en el corral subió la escalera, picoteó la puerta cerrada, tendió el cuello hacia la ventana y como los desperdicios cotidianos no caían, se salió.

El gato se cansó de ronronear, acurrucado inútilmente para sentir en su dorso la enjuta mano que tan bien conocía. Olfateó el piso, maulló con despecho, arañó las sillas y por el granero se escapó.

Una noche las ratas, tras de roer el último mendrugo del cofre, destaparon el azucarero vacío y no volvieron más.

Las arañas encogidas no esperaban para hilar sus telas más que el silencio, pues un rumor regular lo turbaba aún.

Pero bruscamente el péndulo se detuvo. No se había parado poco á poco, sus tic-tac debilitándose hasta el tic-tac supremo: dejaba de andar como una persona herida en pie y que no se creía enferma.

El corazón de la casa no latía ya.

Las gentes de la aldea vecina empujaron la puerta y levantaron del suelo á la vieja María Teresa caída boca abajo, y muerta á solas, sin prevenir.

JULES RENARD.

(Trad. de «Revista Moderna»).





## DEL LIBRO "EN RADE."

Era un inmenso desierto de yeso seco más allá de todo límite, que huía indefinidamente de la vista, un Sahara de lechada endurecida, en cuyo centro se levantaba un monte circular, gitantesco, de flancos agrios, agujereados como esponjas, micados con puntos deslumbrantes como puntos de azúcar, de cresta de nieve dura, esculpida como una copa.

Separada de este monte por un valle cuyo suelo raso parecía amasado con lodo reseco de cerusa y de creta, otra montaña lanzaba á alturas prodigiosas una cima de estaño semejante á un embudo; dijérase de esta montaña, repujada, inflada de enormes gibas, que era una colosal ola, desmochada en la extremidad, hervida al fuego de innumerables hornos y cuya globulosa ebullición, súbitamente comprimida, congelándose repentinamente hubiese quedado intacta.

—Sin duda, pensó Jacobo, estamos en pleno Océano de las Tempestades y estos dos monstruosos cálices tendidos hacia el cielo son las cúspides crateriformes de Copérnico y de Képler.

—No, no me he equivocado de vía, dijo, contemplando la leche helada de aquella superficie casi plana que solamente se volvía hinchada y granulosa cuando se iba del pie hacia la cima.

Con serena certidumbre se orientó: allá lejos, hacia el Sur, aquello que aparece vagamente, semejante á un gran golfo es el Mar de los Humores, y aquellos dos horribles chancros que guarnecen su entrada, son á no dudar el Monte Gassendi y el Agatarchites.—Y sonriendo, pensó que después de todo era un singularísimo país la Luna, donde no hay ni vapor, ni vegetación, ni tierra, ni agua, nada sino rocas y corrientes de lava, nada sino circos estratificados y volcanes muertos, y luego, ¿por qué la astronomía había conservado aquellos nombres inexactos, aquellos calificativos anticuados y extraños con que los viejos astrólogos bautizaron aquellas series de llanuras y de montes?

Volvióse hacia su mujer, sentada é hipnotizada por aquella blancura y le explicó en pocas palabras que sería imprudente aventurarse en el mediodía de aquel astro porque allí es donde se encuentra la zona volcánica, la aglomeración de cráteres extinguidos, de sierras encajadas unas en otras, de cordilleras que casi se tocan y dejan apenas correr entre sus pies rugosas veredas que parecen talladas en lonjas calcáreas ó taladradas en masas de albayalde.

Ayudóla al fin á levantarse; ella lo escuchaba escrutando sus labios, comprendiendo sus palabras, pero no oyéndolas, puesto que ningún medio atmosférico podía propagar el sonido en aquel planeta desprovisto de aire; y volviendo la espalda al paisaje que contemplaban, tornaron á subir al norte, costearon la cadena de los Kárpatos, flanquearon el desfiladero del Aristarco, cuyos pitones se perfilaban erizados como colas de cangrejo, dentellados como peines; avanzaban fácilmente, deslizándose más bien que andando sobre una especie de vidrio escarchado bajo el cual aparecían vagos helechos cristalizados cuyas nervuras y relieves brillaban iguales á surcos de plata bruñida. Imaginaba pasearse sobre bosques acamados, sobre arborizaciones laminadas extendidas, bajo un agua diáfana y firme.

Desembocaron en una nueva llanura, el mar de las Lluvias, y allí también, apostándose en una eminencia, dominaron un paisaje ilimitado erizado de Alpes de yeso, encascarado por Etnas de sal, hinchado de tubérculos, abotagado de kistes, escorificado como cagaferro.

Y de igual manera que en un plán estratégico, alturas inmensas, innumerables Chimborazos podían barrer la llanura; el Euler y el Pytheas, el Timocarís y el Arquímedes, el Autolyus y el Aristilo, y al Norte, casi en los confines del Mar del Frío, cerca del Golfo de los Iris, cuyos bordes rocallosos se incurvan sobre el suelo liso, el Monte Plato lanzaba, formidable, la costra dislocada de las lavas, á varias leguas, levantaba perchas de estuco y mástiles de mármol, descendían rollos gigantescos de alabastros, precipitábase en masa de rocas blancas agujereadas como madreporas, lucientes como fondos de criba.

Dijérase que todo aquello se iluminaba solo, la luz parecía irradiarse, subiendo del suelo, porque arriba el firmamento estaba negro, de un negro intenso, absoluto, regado de astros que ardían por sí mismos, en su sitio, sin derramar ningún fulgor.

En el fondo, el Aristilo asemejábase á una ciudad gótica, con sus picos, los dientes al aire, cortando con su sierra el basalto estrellado del cielo; y detrás y delante de esta ciudad superponíanse otras dos ciudades, mezclando á la edad media de una Heidelberg la arquitectura morisca de una Granada, embrollando en un caos de países y de siglos, minaretes y campaniles, agujas y flechas, troneras y alme-

nas, barbacanas y dombos, trinidad monstruosa de una metrópoli muerta, tallada en otro tiempo en una montaña de plata por los torrentes en ignición de un suelo.

Y abajo, todas aquellas ciudades se recortaban en sombras de un negro crudo, en sombras de dos leguas de largo, y simulaban un montón de instrumentos de cirugía enormes, sierras colosales, bisturis desmesurados, sondas hiperbólicas, agujas monumentales, trépanos titánicos, ventosas ciclópeas, un estuche entero de cirujano para Atlas y Encelado vaciado desordenadamente sobre un mantel blanco.

Jacobo y su mujer permanecían estúpidos, dudando de la lucidez de su vista. Se frotaron los ojos; pero apenas los tornaron á abrir los confundió la misma visión de una ciudad lavada en plata sobre un fondo de noche y proyectando con los dibujos erizados de las sombras las exactas formas de instrumentos tenebrosos, esparcidos, antes de una operación, sobre un lienzo blanco.

Luisa tomó el brazo de su marido, volvió á bajar á la llanura y dando vuelta á la derecha aventuráronse en el valle que encajonan de un lado el Timocario y el Arquímedes, y del otro los Apeninos cuyos picos, el Eratosthenis y el Huygens, elevan sus vientres de bombones que se adelgazan poco á poco y se terminan en cuellos de botellas, con los golletes destapados y rodeados de cera blanca.

Es extraño, dijo Jacobo, hemos llegado al Pantano de la Podredumbre que ni es pantano ni huele á nada. Es verdad que el Océano de las Tempestades está perfectamente seco y que el Mar de los Humores que debía aparecer graso como un lago de pus es simplemente un exorbitante plato de porcelana grietada, rayada con cintas grises por las lavas.

Luisa abría las ventanillas de la nariz, husmeaba la falta de aire. No, ningún olor existía en aquel Pantano de la Podredumbre. Ninguna exhalación de sulfuro de calcio que ocultara la disolución de una carroña; ningún husmo de cadáver que se saponifica ó de sangre que se descompone, ningún osario, el vacío, la nada, la negación del aroma y del ruido, la supresión de los sentidos del olfato y el oído. Y Jacobo desprendía, en efecto, con la punta del pie, b'oques de piedra que descendían rodando como bolas de papel, sin producir ningún sonido.

Avanzaban con penoso impulso; aquel pantano cristalizado parecido á un lago de sal, ondulaba, como descalabrado por una viruela gigante, acribillado de marcas redondas, tan grandes como esas fuentes construídas en Versalles bajo el reinado del Gran Rey; á trechos, ficticios arroyos zigzagueaban, estriados por la refracción de no se sabía qué, de hilos del gris violáceo de los yodos; en algunos sitios, apócrifos canales comunicaban falsos estanques que se teñían del rojo malsano de los bromos; en otros, heridas incurables levantaban rosadas vesículas en aquella carne de mineral pálido.

Jacobo consultaba un mapa que conservaba plegado en la bolsa de un vestido de fabricación inglesa que no recordaba haber llevado nunca. Aquel mapa, publicado en Gotha, bajo el cuidado de Julius Perthes, le parecía de indiscutible claridad, con sus masas puntuadas, sus detalles en relieve, sus denominaciones latinas: Lacus Mortis, Palus Putredinis, Oceanus Procelarum, tomados del viejo mapa Selénográfico de Beer y de Maedler, del que no era al cabo más que una copia reducida.

Veamos, se dijo, podemos elegir entre dos caminos. O bajar el estrecho formado por los bordes del Mar de la Serenidad y el cuello del Monte Hœmus ó subir por el desfiladero del Cáucaso hasta el linde del Lago de los Sueños y volver á bajar, siguiendo las montañas del Taurus hasta el Jansen.

Este camino parecía ser el más fácil y el más ancho, pero alargaba millares de leguas el itinerario que se había trazado. Rosolvió escabullirse por los senderos del Hœmus, pero tropezaba con Luisa á cada paso entre dos murallas de esponjas lapidificadas y de coke blanco, sobre un suelo verrugoso, hinchado por borbollones endurecidos de cloro. Luego se encontraron frente á una especie de túnel y debieron soltarse y caminar uno tras otro, en aquella galería semejante á un tubo de cristal cuyos cortes encendidos como puntas de diamantes alumbraban la ruta. Súbitamente la bóveda se levantó, ahondándose en una chimenea de a-to-horno, tapada en su extremidad, á distancias incalculables, encima de ellos, con una rueda de cielo negro.

—Hemos llegado, murmuró Jacobo, porque esta abertura es el pico hueco del Menelaus. Y en efecto, el túnel terminó, desembocaron cerca del Cabo Arechusia, no lejos del Monte de Plinio, en el Mar de la Tranquilidad, cuyos contornos simulaban la blanca imagen de un vientre, marcado con un ombligo por el Jansen, sexual como una mujer por la gran V de un golfo, bifurcado en dos piernas separadas por los Mares de la Fecundidad y del Néctar.

Caminaron rápidamente hacia el Monte Jansen, dejando á la izquierda el Pantano del Sueño, teñido de amarillo como una charca coagulada de bilis y el Mar de las Crisis, una plancha condensada de lodo del verde lechoso de los jades.

Escalaron taludes escarpados y se sentaron.

Entonces un espectáculo extraordinario se desarrolló ante ellos.

Hasta desaparecer de la vista, un mar furioso rodaba sus olas, altas como catedrales y mudas. Por todas partes cataratas de espuma cuajada, avalanchas petrificadas de oleadas, torrentes de clamores áfonos, toda una exasperación de tempestad apilada, anestesiada en un gesto.

To lo esto se extendía tan lejos que los ojos desconcertados perdían la noción de medida y acumulaban leguas sobre leguas, sin posibilidad de distancia ni de tiempo.

Aquí, sedentarios maelstroms ahuecábanse en inmóviles espirales que descendían en incolmables abismos en letargo; allí despeñábanse manteles indeterminados de espuma, convulsivos Niágaras, exterminadoras columnas de agua que se desplomaban sobre abismos donde había mugidos adormidos, brincoes paralizados, vórtices tullidos y sordos.

Reflexionaba preguntándose después de qué cataclismo se habían congelado aquellos huracanes y se habían extinguido aquellos cráteres? después de qué formidable compresión de ovarios había sido contenido el mal sagrado, la epilepsia de aquel mundo, la histeria de aquel planeta que escupía fuego y soplaba trombas, retorciéndose violentamente en su lecho de lavas? después de qué irrecusable abjuración la fría Selene había caído en catalepsia, en aquel indisoluble silencio que reina desde la eternidad bajo la inmutable tiniebla de un cielo incomprensible?

¿De qué espantosos gérmenes habían salido, pues, aquellos montes desolados, aquellos Himalayas de cuerpos calcinados y huecos? ¿qué ciclones habían secado aquellos Pacíficos y arrancado las vegetaciones desconocidas de sus bordes? ¿qué diluvios supuestos de flamas, qué estallidos desaparecidos de rayos habían escarificado la corteza de aquel astro, trazado ranuras más profundas que álveos de ríos, ahondado fosos en los cuales hubieran podido correr con facilidad diez Brahmapoutras?

Y más lejos, más lejos todavía emergían del círculo de los horizontes adivinados, más cadenas de montañas cuyos interminables picos rozaban el cuvérculo tenebroso del cielo, un cuvérculo colocado solamente sobre puntas de clavos en las cimas, esperando que un sobrenatural martillo lo hundiese de un golpe para cerrar herméticamente la indestructible caja!

Juguete de un Titán inmenso, de una niña gigante y enorme, enfática caja que contiene simulacros en azúcar de tempestades y de llanuras, de rocas de cartón y volcanes huecos en cuyo agujero el hijo de un Polyphemo podía encajar su dedo meñique y levantar así, en el vacío, la colosal osamenta de aquel juguete inaudito, la luna espantaba la razón, aterrorizaba la debilidad humana.

Y entonces Jacobo sentía esa pesadez del bajo vientre, esa contracción de la vejiga que produce la angustia prolongada del vacío.

Miró á su mujer; estaba tranquila y con su binoclo, que no movía, consultaba, como una inglesa consulta su guía, la carta que tenía, desplegada, sobre sus rodillas.

Aquella quietud y la evidencia de tener junto de sí, de poder tocar, si lo quería, un sér manifiesto y vivo, apaciguaron sus trances. Aquel vértigo que le sacaba los ojos fuera de los párpados y los conducía lentamente hacia el fondo de un abismo, se desvanecía en aquel momento en que su vista descansaba, á dos pasos, sobre una criatura conocida, cuya existencia era palpable y segura.

Luego, se sentía bajo sus vestidos vacío como aquellos montes tubulosos, sin entrañas de metaloides, sin corazón de rocas, sin venas de granito, sin pulmones de metales. Se sentía ligero, casi fluido, presto á elevarse si los vientos desconocidos de aquel astro fueran á soplar. El frío exasperado de los polos y las consternantes canículas de los Ecuadores se sucedían sin transición en torno suyo, sin que lo advirtiera, porque experimentaba la impresión que se había desembarazado al fin de la corteza temporal de un cuerpo; pero repentinamente revelábase también el horror de aquel desierto lúgubre, de aquel silencio de tumbas, de aquel doble mudo. La agonía atormentada de la Luna recostada bajo la losa funeraria de un cielo lo enloqueció.

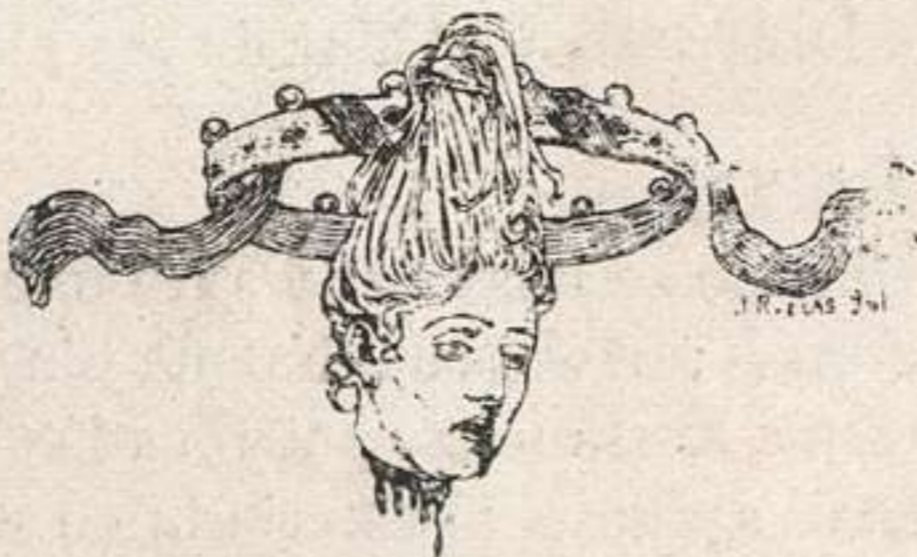
Levantó los ojos para huir.

—Mira,—díjole ingenuamente su mujer,—ya encienden.

En efecto, en aquel momento, el sol rasó las cimas cuyas crestas desgarradas se irradiaron de flamas blancas como un metal en fusión. Rampaban resplandores á lo largo de los picos en cuyo centro el cono del Tycho hormigueó, terrible, abriendo sus fauces de fuegos sonrosados, rechinando sus dientes de brasas, ladrando sin ruido en el imperturbable silencio de un firmamento sordo.

JORIS KARL HÜYSMANS.

(Trad. de *Revista Moderna*.)





## MAÑANA....!

---

Mañana, cuando lleguen los venturosos días,  
El amante episodio que yo anhelo y tú ansias,  
Yo dejaré tu frente de lirios coronada  
Y tú armarás mi brazo con la invencible espada!  
En el laúd que duerme, tus dedos musicales  
Despertarán los himnos gloriosos y triunfales;  
Bordarás, mi princesa, una tapicería  
Donde azul y enlutada, tu pasión y la mía,  
Tus cándidos anhelos y mi tristeza bruna  
Temblorosos se abracen en un rayo de luna!  
Te asomará al trágico abismo de mi alma,  
Con tu mirar tranquilo lo dejarás en calma  
Y las virtualidades fecundas de tus ojos  
Han de cambiar en lirios los áridos abrojos!  
Al ceñirme la espada murmurarás: «combate!»  
Y si una sombra impura sobre mí sér se abate  
Ha de caer al fuego que irradia tu corona,  
Sierpe vencida bajo tu planta de madona!

\*  
\*  
\*

Mañana entre las alas de un dulce ritornelo  
Nuestros seres amantes ascenderán al cielo  
Que alumbra con sus alas doradas la Quimera;  
Mañana nuestro ensueño tendrá su Primavera!  
Borda entre tanto aquella rara tapicería  
Donde se unen temblando tu alma blanca y la mía;  
Deshoja lirios albos sobre el hondo misterio,  
Toca un claro preludio sobre el negro salterio  
Que ya brota la aurora de los líricos días  
Nuestro amor!... el instante que yo anhelo y tú ansias!

México, 1901.

JOSÉ JUAN TABLADA.





# MAGNA VOLUPTAS

Enciende en la obsidiana de tus ojos  
La mirada más tierna y más amante,  
Y matiza el marfil de tu semblante  
Con la lumbre solar de tus sonrojos.

Cierra tus brazos nitidos y flojos  
En torno de mi cuello palpitante,  
Y restrega en mi pecho jadeante  
Tus pezones coléricos y rojos.

Mírame dulcemente, dulcemente,  
Destilando tu beso disolvente  
Y sonoro en mi labio que se inclina,

Y déjame chupar tu lengua untuosa  
Que exacerba mi fiebre voluptuosa  
Y me tienta como una golosina.

*E. fren Rebollo*





A Pedro L. MANZANO.

# ANDANTE INÉDITO

PARA

VIOLIN Y PIANO

FELIPE VILLANUEVA G  
(Obra póstuma)

*Andante.*

VIOLIN

PIANO

*ff appassionato*

*ff*

2

The first system consists of a single treble staff and a grand staff. The treble staff begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a common time signature. It contains a melodic line with a triplet of eighth notes, a slur over two notes, and a final triplet. The grand staff has a treble clef and a bass clef, both with a key signature of one sharp. The treble part of the grand staff features chords and triplets, while the bass part has a simple accompaniment of quarter notes.

The second system consists of a single treble staff and a grand staff. The treble staff continues the melodic line with a triplet and a slur. The grand staff features a treble clef and a bass clef, both with a key signature of one sharp. The word "suive" is written in the middle of the system. The grand staff contains complex accompaniment with triplets and slurs.

The third system consists of a single treble staff and a grand staff. The treble staff has a melodic line with a slur and a triplet. The grand staff has a treble clef and a bass clef, both with a key signature of one sharp. It features a complex accompaniment with many triplets and slurs.

The fourth system consists of a single treble staff and a grand staff. The treble staff has a melodic line with a slur and a triplet. The grand staff has a treble clef and a bass clef, both with a key signature of one sharp. It features a complex accompaniment with many triplets and slurs.

First system of musical notation. It consists of a single treble clef staff and a grand staff (treble and bass clefs). The key signature is one sharp (F#). The system contains four measures. The first measure has a triplet of eighth notes. The second measure has a quarter note. The third measure has a quarter note. The fourth measure has a quarter note and a triplet of eighth notes. A circled number '3' is at the end of the system.

Second system of musical notation. It consists of a single treble clef staff and a grand staff. The key signature is one sharp. The system contains four measures. The first measure has a quarter note. The second measure has a quarter note. The third measure has a quarter note. The fourth measure has a quarter note. The dynamic marking *ff* is placed above the first measure and below the second measure.

Third system of musical notation. It consists of a single treble clef staff and a grand staff. The key signature is one sharp. The system contains four measures. The first measure has a quarter note. The second measure has a quarter note. The third measure has a quarter note. The fourth measure has a quarter note. The dynamic marking *con tutta forza* is placed below the second measure.

Fourth system of musical notation. It consists of a single treble clef staff and a grand staff. The key signature is one sharp. The system contains four measures. The first measure has a quarter note. The second measure has a quarter note. The third measure has a quarter note. The fourth measure has a quarter note. The dynamic marking *ten.* is placed above the first measure.

4

8<sup>a</sup>

This system contains the first two staves of music. The top staff is a single treble clef line with a key signature of one sharp (F#) and a 4/4 time signature. It features a melodic line with eighth notes and a triplet of eighth notes. The bottom staff is a grand staff (treble and bass clefs) with a key signature of one sharp. It provides harmonic accompaniment with chords and a triplet of eighth notes.

*Largamente*

*sonoro*

8<sup>a</sup>

*pp*

This system contains the next two staves. The top staff continues the melodic line with a slur and a fermata. The bottom staff continues the accompaniment with chords and triplets. The dynamic marking *pp* is present.

This system contains the third and fourth staves. The top staff features a melodic line with a slur and a fermata. The bottom staff continues the accompaniment with chords and triplets.

*piz*

*piz*

*pp*

*pp*

This system contains the final two staves. The top staff has a melodic line with a slur and a fermata, and two notes marked *piz*. The bottom staff continues the accompaniment with chords and triplets, with two notes marked *pp*.